

LA ENTREVISTA EISENHOWER-FRANCO, UNA DE LAS MAS IMPORTANTES CELEBRADAS POR EL PRESIDENTE

AUMENTA LA IMPORTANCIA ESTRATEGICA DE LAS BASES INSTALADAS EN ESPANA

Washington 22. (Crónica telefónica de nuestro corresponsal.) Un corresponsal de la red de la "Columbia Broadcasting" decía esta mañana, radiando desde Madrid, que las dos horas y media de conversación en El Pardo, a la hora del desayuno, entre el Presidente Eisenhower y el General Franco, han sido de las más importantes entre las celebradas por Eisenhower en Europa.

La crisis de la alianza atlántica; la situación económica española y la cooperación militar entre España y Estados Unidos han sido, según dicho corresponsal, los temas ampliamente tratados por Eisenhower y Franco. Lo que quería decir el corresponsal es que la visita del Presidente a Madrid no ha sido un gesto meramente protocolario, sino un acto político dirigido a mantener la alianza hispano-americana en el nivel de actividad y efectividad que le corresponde. La alianza española—en un momento de crisis del O. T. A. N.—es un factor preponderante en el pensamiento de Eisenhower. El hecho de que en Casablanca el Presidente haya concertado hoy con el Rey de Marruecos la evacuación de las bases americanas para 1963 valoriza todavía más el dispositivo defensivo peninsular. Sea quien fuere el próximo Presidente de Estados Unidos, cualquiera que sea la evolución política de la España del futuro, este hecho persistirá para beneficio de ambos países. No depende de un accidente o una personalidad política determinada. El secreto de la España del futuro es su presencia en Europa y en América, justificada por su geografía, su historia y su idioma. Pensando en la España del 98 se echa de ver en seguida el significado de la visita de un Presidente de Estados Unidos a Madrid.

Eisenhower llega esta noche, a las once, hora americana, a esta capital, de regreso de Madrid y Casablanca. A pesar de la hora, la ciudad de Washington ha hecho considerables preparativos para recibir al Presidente. Nueva York pidió que Eisenhower aterrizase allí y desfilase por Broadway. El Presidente no ha aceptado la invitación, porque necesita tiempo para los problemas nacionales e internacionales que le esperan después de su viaje. Desde mañana tendrá que dedicarse a ellos, con muy pocas posibilidades para descansar. Por la noche, mañana, se dirigirá por televisión al pueblo americano, dándole sus primeras impresiones de viaje. Las conclusiones políticas del mismo, en toda su amplitud, irán en el mensaje sobre el "estado de la Unión", que el Presidente lee en enero ante las Cámaras del Congreso. Su programa para los primeros meses de 1960—año de elecciones presidenciales—va a ser extenuante: los problemas del O. T. A. N.; visita de De Gaulle a Washington; superconferencia occidental con Rusia, en abril; proyectado viaje a Iberoamérica; visita a Mescú. Si su salud lo resiste, 1960—su último año en la presidencia—será una de las etapas más agitadas en la vida de Eisenhower.

Un corresponsal que acompaña a Eisenhower en su viaje calculaba hoy que unos nueve millones de personas han visto y aclamado al Presidente en el curso de su itinerario, y se preguntaba los efectos que su personalidad puede haber tenido sobre semejantes masas. Una cosa—decía—son los aplausos entusiastas de la calle, y otra, muy diferente, las realidades políticas internacionales. Ello es evidente. Pero también lo es que las realidades políticas in-

ternacionales se apoyan en atmósferas de buena o de mala voluntad; de simpatía o de antipatía. El haber sabido estimular un clima de cordialidad entre las masas populares de la mayoría de las naciones que ha visitado y el símbolo político máximo de Estados Unidos—independientemente de las cuestiones concretas—es ya una gran victoria en la guerra por la convivencia y la paz. Un madrileño o un ateniense, un hindú o un moro de Casablanca, que por primera vez hayan visto en sus calles a ese Presidente que les ha visitado—tomándose una inmensa fatiga personal y poniendo en peligro su precaria salud—, tendrán, inevitablemente, una idea mejor del país que representa. Alguien que les visita así, sin firmar un Tratado, sin establecer un Pacto sin fijar unas condiciones, más que cooperación en la amistad y en la paz, es algo excepcional, diferente del concepto que se tuvo hasta ahora de semejantes viajes.

Notoriamente, el éxito del viaje de Eisenhower a tres continentes beneficia, a la larga, al partido republicano—su propio partido—en un año de elecciones presidenciales. Pero sería equivocado pensar que una aspiración política de partido exclusivamente haya impulsado al mal político que es Eisenhower a lanzarse a este viaje. Es posible que haya pensado en él, después de todo, pero como una cuestión secundaria. Lo que realmente importaba al Presidente era llevar al mundo el mensaje de una América que aspira a la convivencia y a la paz.

Desde luego, el diplomático profesional, con otras ideas de estos problemas, encontrará que Eisenhower ha perdido el tiempo. No lo cree. No sólo ha llevado a las masas el mensaje de su América, sino que ha conocido países y dirigentes políticos a quienes desconocía y tratado con ellos de cuestiones de interés mutuo. Acaso, lo que es más importante, ha sacado a Estados Unidos de los límites fríos y estrictos de las alianzas y los tratados, de los gabinetes y los consejos, para enfrentarla con las realidades de los pueblos, tales como son. Una nación de la posición de Estados Unidos no puede tratar a los países del mundo como simples nombres en los mapas; como factores deshumanizados de una estrategia determinada; tiene que ver la cara de las gentes, oír su lenguaje, entrar en sus costumbres y conocer de primera mano sus preocupaciones.

Esto es lo que ha hecho el Eisenhower, que regresa a Washington esta noche, después de recorrer once países en tres continentes.—José María MASSIP.